

INAUGURACIÓN DEL AÑO ACADÉMICO 2000 REFLEXIONES SOBRE ARTE Y UNIVERSIDAD¹

Mimí Marinovic

Este acto inaugural tiene, como se sabe, una especial significación: despide al siglo XX, al que deberemos acostumbrarnos a sentir y nombrar como el siglo pasado, y está en el albor del tercer milenio. Este desafío a nuestra conciencia de lo temporal implica hacer balances y proyectos, rescatar las riquezas de una centuria y aprender de sus miserias; contribuir a superar la incertidumbre frente a la posibilidad de grandes cambios en un mundo cada vez más complejo, donde es mucho lo que se ofrece y poco lo que nos hace felices.

¿Qué nos aporta la Universidad de Chile para abordar los problemas de este tiempo? ¿Qué sucede con las artes y con los jóvenes que se interesan por ellas en esta encrucijada?

Desde sus comienzos, la Universidad de Chile se ha caracterizado por la pluralidad de sus intereses y su apertura a aquello que los griegos llamaban la naturaleza múltiple de la realidad. De su amplitud y diversidad quedó constancia en el discurso de inauguración de la Universidad que hiciera Andrés Bello hace 157 años. Al fundamentar la misión de las facultades universitarias en ese momento de la nación chilena, dijo más de una vez, “todas las verdades se tocan” y señaló la necesidad de suministrarle a la razón “alimentos substanciosos y apoyos sólidos”. Agregó: “Todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede

haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una. No se puede paralizar (...) una sola fibra del alma sin que todas las otras enfermen". El alma a que alude Andrés Bello es la Universidad de Chile, que a lo largo de su historia se ha preocupado de dar impulso a las ciencias y las artes, las que encuentran una fuente común en la imaginación y en la pluralidad de la naturaleza humana.

El conocimiento necesita ser nutrido para que crezca y se renueve creativamente. Para formar a los jóvenes en las artes y en las ciencias hay que apelar a todas las dimensiones humanas. Una especialización prematura en base a la utilidad inmediata, pensaba Einstein, mata el espíritu en que se fundamenta toda la vida cultural. Así lo entiende esta Universidad que sirve y ha servido a los intereses más profundos de la nación, pese a las dificultades y a las frecuentes tensiones disgregadoras entre ciencia, arte y humanidades.

Una de las grandes misiones de nuestra casa de estudios es liberar las potencialidades creadoras de quienes la integran, maestros y estudiantes, sin renunciar a insertar a los jóvenes en la vida real y sin olvidar que la creación es también un hecho colectivo, que sirve a la comunidad. Se trata de asombrarse y formular preguntas, de conocer y comprender el mundo, como de disponer de medios y técnicas para la acción y la creación destinadas al bienestar de las personas, al desarrollo de nuestra cultura, y a un mejor destino para la humanidad. Son metas válidas para formar profesionales, científicos, artistas, críticos, investigadores y especialistas en diversos campos de las artes.

Quiero hacer algunas reflexiones sobre las artes y los artistas en este contexto de crisis y oportunidades que representa el cambio de siglo. El siglo XX nos ha

dejado una gran tarea para el presente y una gran responsabilidad para el futuro: entender la paradoja entre un arte que ya es del siglo pasado, pero que se definió siempre en función del futuro.

Durante los últimos cien años el arte encontró su razón de ser en la ruptura con sus formas anteriores, sus instituciones y opiniones más compartidas sobre la creación, recepción y la noción misma de arte. La tradición academicista, que marcó la obra de muchos artistas del siglo XIX, correspondió a un modelo de realidad dominante que legitimó la potestad de la razón humana y de una modernidad progresiva a la que debemos mucho, pero que separó el conocimiento de la sabiduría, el poder, del amor y de la solidaridad. Así se llegó a una civilización tecnológica en la que —como dijera Vaclav Havel— “todo es posible, pero casi nada es seguro”, donde resulta difícil responder a interrogantes básicas y donde la incertidumbre ante el futuro provoca inseguridad y altera la convivencia..

De los artistas decimonónicos respaldados institucionalmente y de su obra academicista sólo quedó algún registro, mientras que los que afirmaron su independencia y aporte creativo ayudaron a abrir las nuevas sendas propuestas por las vanguardias de la primera mitad del siglo XX que Baudelaire había anticipado, diciendo que los cambios en el futuro del arte no serían únicamente de estilo, sino que afectarían su concepción e interpretación.

La gran fecundidad y la lógica de vanguardia que ha caracterizado el arte de los últimos cien años dió la ilusión de una constante juventud, asociada a un permanente cuestionamiento de su existencia. Algunos grandes artistas, innovadores auténticos, han demostrado que la concentración en la pura forma artística nunca fue suficiente, ni una condición necesaria para

crear obras maestras; porque el arte no se puede separar de la vida, ni de otros sistemas de valores. Es por eso que resultan parciales, tanto los enfoques que separan el arte de la vida como los que buscan integrarlo a ella, pero sacrificando su autonomía.

¿Cómo lograr un arte libre que contribuya a humanizar más a las personas?

La gente siempre ha necesitado del arte. Dependiendo del periodo histórico y de la cultura, sus diversas funciones se han ido manifestando con distinto relieve. Están las estéticas y artísticas, pero también está la satisfacción de necesidades como expresar y comunicar sentimientos e ideas a niveles más universales y con mayor precisión que las palabras y los conceptos, alabar a Dios, ganarse el sustento, y tantas otras. Su versatilidad y riqueza para satisfacerlas son, justamente, las razones de su supervivencia y permanente atractivo.

Para ello se requiere de artistas verdaderos y libres, porque pese a todas las dificultades en la definición del arte, una de sus características más duraderas, como lo ha dicho Kandinsky, es ser una expresión de libertad. No puede haber restricciones a la voluntad creadora de los auténticos artistas. Con sus obras ayudan a percibir y reaccionar de modos diferentes, a imaginar, dar sentido, transformar la realidad, anticipar lo que vendrá y adaptarnos a los cambios, antes que el historiador les de forma. Saben que no hay una sola manera correcta de percibir y son capaces de modificar las percepciones anteriores. Lo ilustra la respuesta de Picasso cuando se le dijo que un retrato que había pintado no se parecía a su modelo. El respondió: "No se preocupe, ya se parecerá".

Sólo con una perspectiva plural y amplia donde los artistas se puedan expresar con los medios más ade-

cuados a sus propósitos artísticos, ya sea la pintura, la escultura, la intervención ambiental o la multimedia; donde tengan cabida el arte docto y el comunitario, se podrá superar la oposición entre el llamado arte por el arte y el arte comprometido. Lo que importa es un arte que contribuya a humanizar cada vez más a las personas y a las sociedades. Crear, interpretar y ser receptivo a la artes es darle forma y sentido a una experiencia, es aprender a escuchar lo inaudible, a detectar lo invisible. El arte modifica la sensibilidad, amplía la conciencia y las posibilidades de nuestro ser con nuevos modos de experimentar el universo, de vincularnos con los demás. Esto nos ayuda a aceptar la diversidad y a hacernos más humanos.

Aquí estamos los que constituimos esta comunidad universitaria, académicos y no académicos, para que los estudiantes de cada generación tengan la oportunidad de conocer, sentir y experimentar la pluralidad del conocimiento, de la creación y de la naturaleza humana. Aquí estamos para que se haga realidad lo que esta Universidad y esta Facultad aspiran: que el cultivo adecuado del arte, tanto en la creación, en la interpretación, en la recepción, como en su investigación y su estudio, ayude a desarrollar nuevas facultades humanas que no dependen sólo de la memorización o el análisis de textos. Surgen de la praxis, del trabajo, de la mirada y del contacto cotidiano con las artes, del mismo modo como moldea las piedras el agua que corre por un arroyo. Cada acto de la mano y del ojo esculpe el alma del que está recorriendo el camino del arte que ha elegido. Dedicarse a él, implica una vocación que va más allá de las satisfacciones inmediatas y que ayuda a forjar el propio destino.